

Otra buhardilla

La buhardilla iluminada

FABIO MARTÍNEZ

Sial Pigmalión, Madrid, 2019, 88 pp.

PARÍS NO era una fiesta; París era un infierno; París no era un sueño; París era una pesadilla. En París no se vivía; en París se resistía. La inquietud a resolver es la misma: ¿por qué ese afán, ese romanticismo de los artistas latinoamericanos por habitar en cada uno de sus rincones?

La novela de Fabio Martínez es otra de las narraciones de esa generación que creía que, para hacerse un verdadero escritor, era necesario estar en París o en alguna de las ciudades europeas. No es novedosa en su contenido –el diario de Julio Ramón Ribeyro y *El síndrome de Ulises*, de Santiago Gamboa, por poner dos ejemplos cercanos, también hacen alusión al tema–, pero es discreta en su desarrollo. No ocurre nada que no sepamos: exiliados políticos, inmigrantes lacerados, artistas libidinosos, frenéticos devaneos, desventurados contratiempos. Pero en su tono conserva una ilación melancólica y quejumbrosa que le confiere cierta verosimilitud.

La soledad me ha llevado a tomar el cuaderno azul “Gibert Jeune” y el lápiz que me regaló Teo, y a escribir. Se escribe en la tragedia. Cuando tienes hambre, estás en guerra o te encuentras, como yo, ante un peligro inminente, surge la escritura como fuente de agua viva. (p. 68)

La buhardilla iluminada parece una novela escrita para los amigos, para evocar el infortunio, para sí mismo, se diría. Pero nadie escribe para sí mismo. Su acierto estriba en una contradicción: que no tiene importancia. Sus personajes principales, Teo, Luciano, Cuao, carecen de cualquier profundidad; son oscuros nefelibatas que van y vienen, vienen y van, y no se sabe para dónde, y eso no es trascendente, y parece interesante. La novela de Martínez apela a las sombras que acechan todo fracaso.

El sueño de Teo y Luciano es volverse escritores; salen de París a Barcelona y de allí a Madrid en busca de contactos que los acerquen al mundo editorial. Tras ese auxilio acuden a

plumas que estuvieron en circunstancias similares. Los nombres son reales: Luis Fayad, Magil, Óscar Collazos. Este último los baja de la nube cuando les dice:

¿Editores? ¡Todos son como moscas bailando flamenco en una copa de vino! ¿Escritores con influencias? Aquí los únicos escritores con influencia fueron Gabo y Vargas Llosa. Los demás somos unos *pringaos*. Ahora mismo estoy empacando maletas para regresar a Colombia. Sin embargo, llamen a Carlos Barral. Él es el único catalán que ha sacado la cara por nosotros. (p. 76)

El problema de *La buhardilla iluminada* es que no hay insinuaciones, ni sugerencias: todo está dicho. Eso podría funcionar si se usara como eficacia estética un diario, lo que en esencia es este libro: los apuntes de alguien que cuenta sus peripecias, imprevistos y carencias económicas.

Hoy he decidido hacer un cambio radical en mi vida. Cambié la litera de posición. Si antes la cabecera daba hacia el norte, ahora va en dirección al sur. No es un asunto de hechicerías. Lo hago porque en la vida es importante hacer pequeñas variaciones alrededor de un tema. (p. 58)

Pero no simula ser un diario. Y entonces, se lee como... digamos, un testimonio. Y ahí la cosa se complica. El pacto que permite las explicaciones más triviales y obvias se quiebra.

A los registros personales del narrador hay que sumar los problemas de sus amigos, las aventuras con *femmes fatales* y ese fanatismo por Cortázar –asisten al entierro del “Cronopio” y todo–, y por otras estrellas que hacen ruido, la salpican de clichés. Aunque bueno, sí, desde otra perspectiva se le puede considerar como un homenaje en tiempos en que la figura del argentino era prominente.

Ah, casi lo olvido: hay un crimen que se le adjudica al protagonista, Luciano, que no es persistente a lo largo de la historia. No es intenso, ni verosímil. Y por eso, uno lo olvida, y se sorprende cuando al final del libro es retomado (ah, verdad, el crimen).

Hay tantas novelas sobre el tema, que se puede decir que desmitificar el

sueño europeo ya es manido. El mismo Martínez lo había abordado en *Un habitante del Séptimo Cielo*, novela que tuvo buenos comentarios. ¿Por qué volver a ello? Es una pregunta que solo el autor podría responder. Llama la atención, eso sí, que esta obra de 88 páginas haya sido galardonada con el Premio Internacional de Literatura Rubén Darío 2019.

A quien no tenga una mínima idea sobre lo que implicaba el sueño plumífero, en pleno auge del Boom latinoamericano en Europa, es posible que le agrade esta *nouvelle*. Escrita en un lenguaje sencillo y honesto en su propia pretensión, pues no tiene ínfulas de descollar o sorprender.

Pero está el otro caso: el de personas que ya conocemos bastante sobre lo mismo. Ahí la mirada se modifica. Y, sin embargo, es sabido que no hay malos o buenos temas –por reiterativos que sean–, hay malos o buenos narradores.

El lunar de Martínez no está en la narración; más bien se trata de ausencia de forma, de foco, de distinción, de aporte. La lectura, insisto, no es tediosa, ni compleja; es contradictoria: fluida, pero sosa.

Un narratólogo francés, Gérard Genette, afirmaba que el “relato dice siempre menos de lo que sabe, pero a menudo hace saber más de lo que dice”. La novela del caleño se esfuerza por hacer saber más de lo que se propone.

Jaír Villano